

Reseña

Patogénesis del macrismo

*Sobre ENDEUDAR Y FUGAR, Eduardo Basualdo (editor)*¹

Gabriel Muro²



¹ *Endeudar y fugar, Un análisis de la historia económica argentina de Martínez de Hoz a Macri*. Eduardo Basualdo (editor), Andrés Wainer, Mariano Barrera, Leandro Bona, Mariana González, Pablo Manzanelli. Siglo XXI Editores. 224 págs. Agosto de 2017.

² Sociólogo y co-editor de Espectros – Revista Cultural

Se encuentra en marcha un nuevo proceso de redistribución regresiva del ingreso y de liberalización económica conducido por un elenco gobernante proveniente de las más altas jerarquías empresariales. Un gobierno de los ricos que logró, por primera vez, hacerse del Estado mediante elecciones democráticas. ¿Pero qué tan nuevo es este proyecto? De acuerdo a los autores de *Endeudar y Fugar*, el cambio de *Cambiamos* se asemeja más a un cambio hacia atrás, a un movimiento en reversa, que a un cambio proyectado hacia el futuro. Una “revolución de la alegría” que solo tendría de revolucionario el movimiento circular de retorno a lo Mismo. Para anticipar la trayectoria regresiva del gobierno de la alianza *Cambiamos*, Eduardo Basualdo y sus colaboradores hacen una recapitulación de los últimos cuarenta años de economía política argentina, con especial énfasis en la ojeada retrospectiva del período kirchnerista y en el análisis de sus dos grandes reestructuraciones de deuda externa.

A grandes rasgos, el ciclo que va desde el funesto año 1976 al estallido del 2001 es caracterizado por los autores como el período de la “valorización financiera”. Desde 1976, el endeudamiento externo dejó de ser una forma de financiamiento de la inversión productiva y de la expansión industrial para subordinar al Estado, cada vez más, a la lógica de la acumulación financiera privada. De este modo, especialmente desde la Reforma Financiera de 1977, el Estado también transfirió o privatizó la capacidad de fijar las principales líneas estratégicas de funcionamiento del conjunto de la economía. La deuda externa contraída con grandes bancos internacionales y con los organismos internacional de crédito (vuelto brazo político de los acreedores privados), constituyó el núcleo de un nuevo patrón de acumulación que acompañó las grandes desregulaciones financieras globales posteriores a la caída de los acuerdos de Bretton Woods.

Las fracciones dominantes de la burguesía argentina contrajeron deuda en el exterior y colocaron esos recursos en activos financieros del mercado interno. La existencia de un diferencial positivo entre la tasa de interés internacional y la tasa interna permitió la apropiación de grandes excedentes, que se fugaban masivamente al exterior siguiendo el afiebrado pedaleo de la bicicleta financiera. *Endeudar y fugar*, entonces, acciones típicas del timador escapista, constituyeron el meollo de la valorización financiera, que interrumpió, desastrosamente, el proceso de industrialización sustitutiva que se había iniciado en la década del treinta (el cual había nacido, a su vez, de la interrupción, por obra de la Gran Depresión, del modelo agroexportador). Desde entonces, la principal función del Estado pasaría a ser la de proveer de divisas a los capitales locales, contrayendo deuda y hasta estatizando, en ocasiones especialmente críticas, la deuda externa privada. De este modo, se puso en marcha toda una transformación de la naturaleza del Estado, orientándolo fundamentalmente a volverse garante y sostén de la obtención de renta financiera privada, al costo de agravar el problema del drenaje de divisas por pago de altísimos intereses a los acreedores externos. Así,

entre 1976 y 2001, los intereses pagados acumularon 117.000 millones de dólares, cifra que superaba al PBI del 2002.³

Los autores no dudan en caracterizar al período como de “revancha social” y muestran que buena parte de los mecanismos de endeudamiento externo estaban destinados a hacer irreversible la creciente concentración de la riqueza y el predominio del capital sobre el trabajo. La participación de los asalariados en el ingreso nacional cayó drásticamente, hasta alcanzar, en el 2001, niveles inéditos de pobreza e indigencia. Tal fue el impacto de estos cambios que: *“bajo las nuevas circunstancias, la clase trabajadora ya no dirigió un bloque social alternativo que se enfrentaba con los sectores dominantes para definir la conducción del Estado y el destino del excedente, sino que se encontraba aislada y su resistencia a la dominación social era solo defensiva.”*⁴

Durante la década del noventa, a la valorización financiera se le sumó otro proceso, igual de gravitante: un importante aumento en la extranjerización de la economía real. Las privatizaciones y la transferencia de propiedad desde los capitales locales al capital extranjero provocaron una drástica disminución de la participación de las fracciones locales de la burguesía en la economía real, refugiadas ahora en las actividades exportadoras con bajo valor agregado y, sobre todo, en el enriquecimiento especulativo a través de las tasas diferenciales y la posterior fuga de excedentes al exterior. Las empresas extranjeras, mientras tanto, acapararon el mercado interno mediante la prestación de servicios públicos, la tenencia de empresas industriales y la comercialización de productos de venta masiva. De esta diferenciación entre las fracciones locales y las extranjeras dependió la disputa en torno a la salida de la agotada convertibilidad. Para los capitales extranjeros, especialmente el ligado a los servicios públicos y a los bienes no transables, la alternativa más conveniente era la dolarización de la economía. Para los grupos económicos locales y el capital extranjero industrial, la resolución debía pasar por una megadevaluación del peso, resolución que los beneficiaba considerando que el grueso de sus recursos e ingresos estaban dolarizados y resguardados en el exterior y que la devaluación permitiría abaratar el precio en dólares de la fuerza de trabajo, mejorando su competitividad internacional.

Como lo muestran los autores a lo largo del primer capítulo, durante los 90, la llamada burguesía nacional fue expulsada de la cúpula empresaria, es decir, las 200 empresas de mayor facturación en el país. Por eso, su nivel de endeudamiento externo fue mucho menor al de las empresas transnacionales que se hicieron de las empresas privatizadas. El 90% de la deuda privada no financiera contraída durante la convertibilidad se explica por las 200 empresas de mayor facturación, que subordinaron el endeudamiento público a sus propios ritmos y

³ *Endeudar y Fugar*, pág. 20

⁴ Pág. 25

necesidades, endeudándose, crecientemente, con acreedores privados, principalmente bancos internacionales y casas matices. A fines de la década, el endeudamiento público se había vuelto inmanejable e incapaz de garantizar, con suficientes divisas, el régimen monetario del 1 a 1, a pesar de los paquetes de rescate (“Blindaje” y “Megacanje”) negociados por el equipo económico de De la Rúa, cuya única función acabó siendo suministrar más divisas para la estrepitosa fuga liderada por la cúpula empresaria durante el último año de gobierno.⁵

La burbuja financiera estalló en diciembre del 2001 con la caída de De la Rúa y una megadevaluación, en enero del 2002, del 300% (la mayor devaluación del tipo de cambio real de la historia argentina), salida acorde con las preferencias del bando devaluacionista de la burguesía. Como muestra el segundo capítulo del libro, escrito por Andrés Wainer, la devaluación fue precedida y provocada por una masiva fuga de divisas al exterior. Las divisas fueron mayoritariamente fugadas tanto por los grandes grupos económicos locales como por las empresas transnacionales. El corralito, es decir, el intento de limitar la fuga masiva por medio de un fuerte control bancario, solo echó más leña al fuego, inmovilizando los ahorros de la indignada clase media, cuya proporción en el drenaje de divisas fue mucho menor al de la cúpula empresaria.

Con el estallido económico, político y social, no solo quedó atrás la convertibilidad, sino el régimen de acumulación puesto en marcha por la dictadura militar un cuarto de siglo antes. En cuanto a los políticos, los mismos que apenas unos meses antes del estallido seguían defendiendo el 1 a 1, ahora se encolumnaban detrás de un anti-imperialismo farsesco, viviendo el *default* y la salida de la convertibilidad. Tratando de sacar algún rédito político, hacían pasar la ineludible necesidad por una virtuosa decisión soberana.⁶

Para Pablo Manzanelli y Eduardo Basualdo, que firman el capítulo 3, titulado “La era kirchnerista”, Néstor Kirchner, al comenzar su presidencia, solo identificó, como responsables de la debacle económico-social del período 1976-2001, al capital financiero internacional. No solo excluyó de sus diatribas a los grupos económicos locales, sino que los consideró el núcleo de la “burguesía nacional” que había que apuntalar y recomponer. Por eso, las políticas económicas de su gobierno se orientaron a limitar la influencia del capital financiero internacional con medidas como la renegociación de la deuda externa, el pago, todo junto y con reservas del Banco Central, de lo adeudado al FMI, y el congelamiento de las tarifas de los servicios públicos, que estaban en manos de capitales extranjeros.⁷

Pero además, Kirchner realizó un viraje en cuanto al tipo de hegemonía política y a la relación con los sectores populares, distanciándose del “transformismo” político típico del

⁵ Debido a los rescates financieros, el endeudamiento externo pasó de 129.750 millones de dólares en diciembre del 2000 a 144.453 millones a fines del 2001. Ver pág. 36.

⁶ Pág. 59

⁷ Pág. 76

período 1976-2001, donde se tendía a cooptar y a comprar a los dirigentes políticos de los movimientos populares, sin otorgar solución alguna a las necesidades de sus bases sociales. Al compás del crecimiento económico posterior a la debacle, Kirchner recompuso las paritarias libres, reformó la Corte Suprema e impulsó la reapertura de los juicios a los represores.

Para los autores, este proceso de cambio en el tipo de acumulación así como en el tipo de hegemonía se radicalizó cualitativamente durante las dos presidencias de Cristina Fernández, desplegando una forma de Estado a la que llaman “nacional y popular”, en la línea latinoamericana de Vargas, Cárdenas, Perón o Allende, y en oposición a la “valorización financiera”. De acuerdo a los autores, fue nacional y popular no solo porque impulsó la profundización de la industrialización, sino también porque neutralizó la influencia del capital extranjero para en cambio estimular la expansión del capital nacional, público y privado.⁸

El punto de inflexión que marcó el pasaje desde el gobierno “transicional” de Néstor Kirchner al “nacional y popular” de Cristina Fernández habría sido el conflicto con el agro alrededor de la Resolución 125, en el año 2008, conflicto que enfrentó al gobierno no solo con los terratenientes y productores agrarios de todo tamaño y pelaje, sino también con los grupos económicos locales, especialmente con el Grupo Clarín. De este modo, el kirchnerismo habría puesto en cuestión y “develado”, políticamente, al bloque de poder que condujo la valorización financiera así como a su fragmentación interna, arrastrada desde la división, a fines de la convertibilidad, entre el bando devaluacionista y el bando dolarizador. En este marco, la estrategia del kirchnerismo se radicalizó y abandonó la idea, anteriormente kirchnerista, de identificar a los grupos económicos locales con la “burguesía nacional”. En cambio, intentó disciplinar a las diferentes fracciones del capital e intensificó el tutelaje estatal de los sectores populares con medidas que tendieron a incrementar la participación de los asalariados en la distribución del ingreso así como a institucionalizar reivindicaciones de minorías, como el matrimonio igualitario. De esta etapa datan políticas como la reestatización del sistema jubilatorio, la Asignación Universal por Hijo (financiada con fondos provenientes del sistema jubilatorio reestatizado), la reforma de la carta orgánica del Banco Central y la expropiación del 51% del paquete accionario de YPF.

Entre 2003 y 2007, bajo la insignia de los “superávit gemelos”, la economía se recuperó a toda marcha. A la mayor debacle económica de la historia argentina le siguió el ciclo más largo de crecimiento ininterrumpido (entre 2003 y 2013), a “tasas chinas” (de un 6,7% anual promedio), promovido por varios factores, especialmente tres: la megadevaluación del 2002,

⁸ Objetivo declarado y sin embargo no conseguido. Como observan Alejandro Gaggero, Martín Schorr y Andrés Wainer en el libro *Restricción eterna*, el promedio de participación del capital extranjero en la cúpula empresaria fue mayor durante el kirchnerismo que durante el menemismo. Ver: *Restricción eterna*, pág. 53, Ediciones Futuro Anterior y Revista Crisis.

que aumentó la competitividad externa; la existencia de una considerable capacidad ociosa industrial luego de la larga recesión de fin de siglo; y el espectacular aumento en los precios internacionales de los *commodities* agrícolas, responsables de la metáfora naviera del “viento de cola”. En cambio, durante la segunda etapa del kirchnerismo, la “nacional y popular”, entre 2008 y 2015, el crecimiento se desaceleró, primero por la crisis financiera internacional, y segundo por la baja en los precios de los *commodities*. Las políticas anti-cíclicas, la expansión del gasto público vía subsidios, el ir en sentido contrario a las recetas monetaristas, favorecían el aumento del consumo interno, la redistribución del ingreso, la disminución de la pobreza y la desocupación, pero también el aumento de la inflación, la erosión del tipo de cambio competitivo, el aumento del déficit fiscal y la paralización de la inversión reproductiva.⁹ A su vez, por acción, omisión o imprevisión, el gobierno kirchnerista dejó que el capital privado siguiese depredando el sector hidrocarburífero, lo que generó un altísimo déficit energético, cuya respuesta tardía fue la expropiación, recién en el año 2012, del 51% del paquete accionario de YPF. También las “locomotoras” del sector industrial, la automotriz y la de los bienes electrónicos de Tierra del Fuego, generaron grandes déficits comerciales por insuficiente integración vertical y abultada necesidad de importación de insumos. Por su parte, persistió el problema estructural y crónico de la fuga de divisas, fuga de diferente tipo que la de la valorización financiera, es decir, no basada en deuda sino en fuga de excedentes obtenidos productivamente, no reinvertidos debido a la “reducida propensión inversora” de la cúpula empresaria, lo cual obligó al gobierno a implementar una férrea política de control de cambios, metáfora carcelaria conocida como “cepo”, con graves consecuencias electorales.

Todos estos factores contribuyeron a la reaparición del cuello de botella. Si “endeudar y fugar” son los movimientos típicos de la valorización financiera, “crecer y estrangularse” son los movimientos típicos del industrialismo trunco: *“En términos generales se puede afirmar que la importante recuperación en la distribución del ingreso no fue acompañada por modificaciones relevantes de la estructura productiva, lo que acarrió, por consiguiente, dificultades para tornar sustentables el crecimiento económico ante sus tradicionales efectos en el estrangulamiento externo.”*¹⁰

⁹ Al respecto, y desde una perspectiva liberal, diferente a la de los autores de Endeudar y Fugar, vale la pena consultar el artículo de los economistas Pablo Gerchunoff y Osvaldo Kacef sobre la era kirchnerista, titulado *¿Y ahora qué hacemos? La economía política del kirchnerismo*, donde ponen el acento, para explicar los límites y el agotamiento de aquel modelo, en dos variables que los autores de Endeudar y Fugar no tienen suficientemente en cuenta: la subestimación, por parte de los Kirchner, del problema de la inflación (llevando a la desastrosa intervención del INDEC), y el problema del atraso cambiario, es decir, la obsesión de Néstor Kirchner con la estabilidad y la paridad cambiaria, la cual, a medida que subía la inflación, se fue comiendo los beneficios, en términos de capacidad exportadora, de la megadevaluación del 2002.

¹⁰ Pág. 101

Quizá la mayor diferencia entre el ciclo kirchnerista y el ciclo de la valorización financiera fue el proceso de desendeudamiento externo y la transformación en la composición de la deuda, sustituyendo la preeminencia ortodoxa de la deuda financiera por la preeminencia heterodoxa de la deuda comercial. A lo largo de 12 años, el Gobierno mantuvo las tasas de interés de referencia por debajo de la inflación, evitando así la especulación con las tasas diferenciales. A su vez, los dos canjes de deuda lograron que el 92,2% de los acreedores privados reestructuren sus tenencias a través de la emisión de nuevos bonos con una quita nominal del 42,8%. Se trató de uno de los mayores procesos de renegociación de deuda de la historia moderna: si en el 2002 la relación deuda pública/PBI era del 125,3%, en el 2015 llegará a ser del 23,6%. Paralelamente, se dio un gran crecimiento del endeudamiento intrasector público, especialmente con el Banco Nación, el Banco Central y la Anses reestatizada. De este modo, la deuda nominada en moneda extranjera disminuyó notablemente su peso en la composición de la deuda total, amortiguando el impacto al reemerger la restricción externa.

Gracias a los canjes, quitas y cancelaciones de deuda (proceso meticulosamente analizado en el capítulo 4 de este libro), hacia el año 2013 todo estaba listo para salir del *default*, arrastrado desde la crisis del 2001, y realizar un giro aperturista, volviendo a los mercados internacionales de crédito para así mitigar el déficit y recuperarse del estancamiento en el que se encontraba la economía argentina desde el 2011. Pero en el 2013, un fallo del juez estadounidense Thomas Griesa asestó un golpe mortal a la era kirchnerista, agudizando sus contradicciones internas. Una fracción del capital financiero internacional mostró los dientes y puso al gobierno díscolo de Cristina Fernández contra las cuerdas.

El huevo de la serpiente se había gestado con el supuestamente exitoso canje de deuda del 2010. Si bien se logró una quita excepcional y la ampliación de los plazos de vencimiento, la enorme mayoría de los nuevos bonos fueron emitidos con legislación extranjera, *“incluso luego de que diversos fallos del juez Griesa mostraran las desventajas de otorgar competencia a sedes con derecho anglosajón”*.¹¹ De esa *falla* en la renegociación de la deuda se aprovecharían los *fallos* del juez Griesa a favor de los fondos buitres, agentes especulativos producto de la desregulada arquitectura financiera internacional, que compran bonos desplomados emitidos por países periféricos en crisis, para luego litigar y cobrar el cien por ciento del valor nominal de esas deudas una vez que el país entra en cesación de pagos.¹² Siendo una pequeña minoría entre la

¹¹ Pág. 141

¹² NML Capital, el principal fondo buitres que litigó y hostigó a la Argentina, haciendo peligrar la totalidad de los procesos de reestructuración de deuda, con Paul Singer como principal accionista, había comprado bonos argentinos por 177 millones de dólares. En el año 2016, al ser aprobado su pago por el Congreso argentino, se embolsó 2.280 millones de dólares. Así, litigando y hostigando durante más de diez años contra el Estado argentino, obtuvo un retorno del 1.180%.

totalidad de los tenedores de bonos con los que Argentina negociaba, los buitres mostraban una enorme capacidad de daño y de bloqueo: *“los fondos buitres representaban el 21% del valor nominal reclamado por los holdouts y tan sólo el 1,6% del total de la deuda que había sido declarada en default en el 2001”*.¹³

“Si “endeudar y fugar” son los movimientos típicos de la valorización financiera, “crecer y estrangularse” son los movimientos típicos del industrialismo trunco.”

Como se recuerda en detalle a lo largo del capítulo 5, el kirchnerismo, defendiéndose del ataque de los buitres, puso en marcha una gran campaña diplomática, financiera y judicial para desbloquear la situación: consiguió el apoyo del Ejecutivo de EEUU, declarado *amicus curiae* de Argentina; logró una resolución por parte de la ONU contra los fondos buitres; reunió el apoyo de organizaciones como el Mercosur, la Unasur, la Celac y la OEA; presentó un reclamo en la Corte Internacional de La Haya; modificó los métodos de medición del INDEC, con la supervisión y aprobación del FMI; acató las sentencias del Ciadi; arregló el pago a Repsol en concepto de indemnización por la expropiación de YPF; renegoció la deuda con el Club de París; propuso suspender la Ley Cerrojo, invitando a los *holdouts* a recibir bonos en condiciones iguales a las de los bonistas que entraron en los canjes 2005 y 2010. En fin, múltiples apoyos de la comunidad internacional y numerosos gestos de buena voluntad y capacidad de pago, pero que no lograron influir en la Corte Suprema de EEUU, la cual, a mediados del 2014, se negó a tomar el caso, dejando firme la sentencia del juez Griesa. Entonces, para aliviar el frente externo y calmar la necesidad de dólares, el Gobierno hizo un acuerdo de *swaps* de monedas con China, superpotencia con la que el kirchnerismo acrecentó la relación de dependencia.

La dificultad para el Gobierno no era pagar lo demandado por los buitres ni por la totalidad de los *holdouts*, que ascendía a 11.000 millones de dólares. El gran riesgo a sortear era el de la cláusula RUFO (Rights Upon Future Offers), una cláusula incluida en el canje 2005 y que vencía el 31 de diciembre del 2014, según la cual los acreedores que habían entrado al canje podían demandar el 100% de sus tenencias anteriores a los acuerdos si los *holdouts* recibían una mejora. Si el gobierno le pagaba a los *holdouts* lo dictaminado por Griesa antes del vencimiento de la cláusula RUFO, entonces se hundirían las reestructuraciones de deuda 2005-2010, sumando a la deuda externa 120.000 millones de dólares adicionales.

¹³ Pág. 165

El kirchnerismo, que intentó, con poca suerte, poner en práctica lo que Keynes llamaba la “eutanasia del rentista”, es decir, la regulación del capital financiero especulativo para subordinarlo al capital productivo, fue vencido por la peor carroña del capital financiero internacional, aliados, a nivel local, con los miembros de la alianza Cambiemos, quienes aseguraron a los buitres que, si ganaban las elecciones presidenciales, les pagarían todo lo que exigían, haciendo inútil, durante el 2015, que el Gobierno intentase cerrar algún tipo de acuerdo. En cambio, el kirchnerismo utilizó, como parte de su propia campaña electoral, la consigna nacional-popular de “Patria o Buitres”, la cual caló hondo y se volvió un importante capital político, pero no alcanzó para derrotar al enemigo doméstico.



Juez Thomas Griesa

Con el ascenso del macrismo, en cambio, se asiste a lo que podría denominarse una “eutanasia del capital productivo”, un nuevo y vertiginoso ciclo de euforia especulativa inaugurado en el 2016, con el pago de la totalidad de lo adeudado a los fondos buitres, por un total de 11.684 millones de dólares. Al conquistar el poder, la alianza Cambiemos empezó desatando, de la peor manera, el nudo que el kirchnerismo, después de años de esfuerzos y litigios, no había podido desatar, es decir, la salida del *default* y la vuelta a los mercados internacionales de crédito.

A lo largo del sexto y último capítulo del libro se analizan los primeros pasos del gobierno de Macri. El patrón de acumulación de esta “nueva era”, una nueva oportunidad o una nueva revancha para el neoliberalismo, se asemeja al del ciclo de la valorización financiera 1976-2001. La alianza Cambiemos, inédito partido propio con el que las clases dominantes han llegado por primera vez al gobierno, sin fraude y sin golpes militares, representa, sin intermediarios, a las fracciones dominantes del capital. En este capítulo se analiza la manera en que está conformado el nuevo bloque de poder y las contradicciones secundarias entabladas en su seno.

Los autores nos recuerdan, siguiendo a Nicos Poulantzas, que, bajo el régimen de producción capitalista, el Estado goza de una autonomía relativa¹⁴ y, por lo tanto, dominación económica y hegemonía política no se identifican mecánicamente. Si bien la contradicción principal de toda sociedad capitalista es la de burguesía-proletariado, entre las clases dominantes se producen importantes contradicciones secundarias. Solo una fracción de la burguesía, la hegemónica, puede conducir o dirigir en cada momento histórico al resto de las fracciones, garantizando a la vez la cohesión de la alianza contra el proletariado y su propia primacía.

Para dilucidar el modo en que se estructura y jerarquiza el nuevo bloque de poder, los autores analizan la conformación de sus “intelectuales orgánicos”, entendiendo el concepto de intelectual no en su sentido corriente, sino a la manera de Antonio Gramsci, como todo aquél que ejerce funciones organizativas y gerenciales, ya sea en el campo de la producción, de la cultura o de la administración pública. Por medio de nutridos cuadros comparativos, los autores observan que el grueso de los funcionarios de alto cargo, el núcleo central de los intelectuales orgánicos macristas, son CEOs aportados por los bancos transnacionales y por empresas extranjeras no industriales, especialmente del sector energético. Los representantes

¹⁴ Señalaba Milcíades Peña que en Argentina, al igual que en todos los países atrasados, el Estado goza de una independencia aún mayor con respecto a las clases dominantes: “*dada la debilidad relativa de la burguesía nacional, que necesita del Estado permanentemente, tanto para preservar sus privilegios sociales cuanto para apuntalar la marcha de sus empresas, genera una hipertrofia de la maquinaria estatal, conglomerado social diferenciado con intereses propios. (...) El Estado en la Argentina es el único medio de vida que queda disponible para amplios sectores pequeños-burgueses y aún obreros que no encuentran otra ocupación lucrativa en la atrasada estructura económica del país. (...) el Estado se comporta frente al imperialismo como un grupo burgués más, que necesita del capital financiero internacional para ampliar su base de sustentación*”. Esta hipertrofia del Estado es lo que determina las características de la burocracia argentina, también atrasada y dependiente de los usos que hace de ella el partido gobernante de turno, lo que dificulta todo desarrollo, estable y a largo plazo, de un capitalismo de Estado argentino. Como prueba, Peña menciona la histórica ineficiencia, la baja productividad y la conducción irresponsable de empresas estatales como YPF, los ferrocarriles argentinos, Fabricaciones Militares y SOMISA. Ver: Milcíades Peña, *La clase dirigente argentina frente al imperialismo*, pág. 58 y págs. 70-71. Ediciones Fichas.

de los grupos económicos locales tienen muy poca relevancia, estando sub-representados, lo que demuestra la subordinación y des-jerarquización de esta fracción. El agro, en cambio, se encuentra indirectamente representado por medio de funcionarios provenientes de sus cámaras empresariales.¹⁵ El resto de los funcionarios de Cambiemos han sido aportado por un lado por el Partido Radical, subordinado por completo al PRO, y por otro lado por auxiliares de los sectores dominantes provenientes de ONGs, consultoras, estudios jurídicos, estudios contables y fundaciones.¹⁶

La hegemonía actual del capital financiero y del capital extranjero no industrial implica una torsión con respecto al ciclo de la valorización financiera 1976-2001: *“En aquel período la fracción hegemónica fueron los grupos económicos locales, cuyo núcleo central eran no sólo industriales, sino también agropecuarios y financieros (tal los casos de Pérez Companc, Bunge y Born, Garovaglio y Zorraquín, Bidas, etc); ahora ese lugar lo ocupa el capital financiero internacional que en el pasado, pese a que integraba el bloque de poder, no era el que conducía el Estado.”*¹⁷

El capítulo 6 concluye con un pormenorizado análisis acerca del primer año de gobierno PRO, donde se destacaron: la eliminación de las restricciones cambiarias; la desregulación del mercado financiero, dando lugar a un aumento permanente de la fuga de divisas; un salto sideral en los niveles de endeudamiento externo junto al aumento de las tasas de interés por encima de la inflación, propiciando el retorno de la valorización financiera vía LEBACs; ajuste de salarios y de las tarifas de los servicios públicos; apertura de las importaciones; eliminación y baja de las retenciones a las exportaciones agrarias y mineras. Todo un giro aperturista que sin embargo no ha logrado, ya entrado el 2018, ninguno de sus declarados objetivos: ni atraer inversiones extranjeras, ni disminuir el déficit público, ni bajar significativamente la inflación. La redefinición del rol del Estado, la prioridad dada al “libre juego de la oferta y la demanda”, la renuencia gubernamental a dirigir los excedentes locales hacia la inversión productiva, no da lugar a un equilibramiento automático de las variables, sino a una mayor exposición y vulnerabilidad de la economía argentina ante las turbulencias

¹⁵ En el 2018, el ministro de Agroindustria es Luis Miguel Etchevehere, ex presidente de la Sociedad Rural Argentina.

¹⁶ Pág. 190

¹⁷ Pág. 193. De acuerdo a los autores, que publicaron este libro a mediados del año 2017, el Frente Renovador de Sergio Massa era el partido en el que los grupos económicos locales se representaban, ofreciéndose como oposición suave y anti-kirchnerista al macrismo. Sin embargo, las elecciones legislativas del 2017 han echado por tierra las esperanzas puestas en el Frente Renovador, que ha obtenido magros resultados, lo que pone en crisis también a este espacio, acrecentando la confusión y la falta de dirección en la totalidad del peronismo, el cual, a principios del 2018, anda a tientas reclamando una unión entre figuras enconadas.

y los shocks externos, pasibles de estallar en cualquier momento, dada la inestabilidad de la economía mundial.

A MODO DE CONCLUSIÓN (DE LO QUE AÚN NO CONCLUYE)

Endeudar y Fugar, al recapitular las últimas décadas de economía política nacional, nos muestra que la crisis del 2001 nunca se resolvió ni nunca concluyó. No hubo tal cosa como una *resolución definitiva*, sino relativa y temporaria. Los efectos de la crisis estructural reemergieron durante los últimos años del kirchnerismo, sin que los tres gobiernos de los Kirchner lograran revertir la tendencia fundamental de la economía argentina: el hecho de que la plusvalía extraída por los propietarios de los medios de producción, ya sean nativos o extranjeros, se transfiere al exterior sin ser reinvertida, acrecentando la dependencia, el atraso tecnológico y la necesidad imperiosa de divisas vía endeudamiento externo.

Por eso, al hacer la evaluación retrospectiva del kirchnerismo, este aparece como un fenómeno trunco, incompleto o suspendido, que no pudo dar con una nueva síntesis entre el liberalismo cavallista del que provenía y las políticas de protección e intervención keynesianas que implementaba a los tumbos. El kirchnerismo representó grandes avances y modificaciones en relación al régimen de acumulación 1976-2001, pero también serios límites evidenciados en sus últimos cuatro años, donde la épica del litigio con los fondos buitres ocupó un lugar central. La necesidad del gobierno de volver a los mercados internacionales de crédito representaba una fuga hacia adelante al arreciar la restricción externa. Precisamente porque el kirchnerismo no había logrado revertir antes la creciente extranjerización de la cúpula empresaria ni la fuga masiva de excedentes al exterior por parte de la burguesía argentina, es que el conflicto con los buitres se volvió tan decisivo, o mejor, un conflicto decisivo en torno a la capacidad de decisión soberana.

Parafraseando a Carl Schmitt, el ensayista alemán Joseph Vogl afirma que ya no es soberano aquel que decide sobre el estado de excepción, sino aquel capaz de hacer pasar un riesgo privado como costo público.¹⁸ La pérdida de soberanía del Estado argentino en manos del sector privado, agravada desde 1976, es incapacidad o renuencia a direccionar, para su revalorización productiva, los excedentes obtenidos en el país. No se trata, en sentido estricto, de un fenómeno nuevo, sino de una problemática propia de la pseudoindustrialización o industrialización tardía e incompleta, comenzada durante la primera fase de sustitución de importaciones.¹⁹ La burguesía argentina siempre ha sido incapaz de ver lo suficientemente

¹⁸ Joseph Vogl, *Espectros de las finanzas*, artículo publicado en la Revista Ñ de Clarín el 09/11/2015.

¹⁹ Al respecto, clarifica, nuevamente, Milcíades Peña: "*La burguesía industrial (argentina) se vincula al imperialismo "desde los dientes de leche" y crece en constante dependencia del capital y la técnica imperialistas. Cada eslabón en su desarrollo "la vincula más estrechamente al capital financiero, del cual es esencialmente*

lejos, por eso, a lo lejos solo se encuentra la duplicación del presente.²⁰ La novedad, no obstante, es la creciente desregulación y movilidad de los flujos financieros globales, lo que hace aún más difícil todo esfuerzo por hacer permanecer los excedentes dentro de las fronteras nacionales, birlándole a los estados (especialmente en los países atrasados) sus poderes legítimos de decisión política. En cambio, la política nacional se ve arrastrada hacia una necesidad creciente de “seducir” y “atraer” los favores de los capitales extranjeros, compitiendo con pretendientes de similares condiciones, muchas veces países vecinos y supuestamente “hermanos”, paralizando, aún más, toda política orientada a la unión continental latinoamericana.

Los autores de *Endeudar y Fugar* enfatizan la dominancia de las fracciones financieras del capital en el gobierno de la alianza Cambiemos, pero las fracciones industriales, pequeñas y medianas, extranjeras y nacionales, también reclaman, por sobre todas las cosas, baja de salarios y reforma laboral como modo privilegiado de acrecentar ganancias sin necesidad de hacer grandes inversiones, o bien, como prenda sacrificial fundamental en el cortejo de los inversionistas. Las promesas de inversiones son supeditadas, por la burguesía en su conjunto, al ajuste de los costos laborales, tarea sucia que constituye el propósito central de la alianza Cambiemos y que aspira lograr de forma gradual, por medio de una estrategia sucesiva de ataques repentinos y repliegues pacientes, combinando cooptación y chantaje de gobernadores, intendentes y gremialistas opositores, represión de la protesta social, finas técnicas de marketing político, y gobernanza empresarial de la administración pública. Hasta tanto, la burguesía permanece altiva y en huelga de inversiones, sin apuro, con el grueso de sus fondos colocados en el exterior o en LEBACs altamente redituables.

Tanto el kirchnerismo como el macrismo son “patogénicos”, es decir, emergieron a partir de la gran crisis histórica que estalló en el 2001. Pero el macrismo sería doblemente patogénico: emerge a la vez de la crisis neoliberal del 2001 y de la crisis del kirchnerismo durante su última etapa de gobierno. El mérito de *Endeudar y Fugar* es mostrar la relación

*agente”. La primera consecuencia de ello es la peculiar situación de la burguesía industrial, que cuanto más crece más se debilita relativamente como clase. La burguesía industrial se fortalece en términos absolutos a medida que avanza la pseudoindustrialización del país y multiplica su capital y sus ganancias. Pero paralelamente, al compás del crecimiento industrial, aumenta la participación imperialista en la economía nacional, y aumenta también el número, la concentración y el poderío del proletariado industrial. La burguesía industrial crece entre dos fuerzas que cada vez crecen más, y aunque en términos absolutos su estatura aumenta, disminuye relativamente. La clase obrera argentina se desarrolla no en proporción al capital nacional, sino en proporción al total de los capitales invertidos en el país, en proporción a la cantidad y dimensión de las fábricas, nacionales y extranjeras. Esto, sumándose a la creciente dependencia respecto del capital y las técnicas imperialistas, genera la progresiva debilidad de la burguesía industrial.” Milciades Peña, *La clase dirigente argentina frente al imperialismo*, pág. 46. Ediciones Fichas.*

²⁰ *Ibíd.* Pág.53

entre las últimas crisis económicas y la emergencia de estos nuevos liderazgos políticos, recorriendo los signos patognómicos tanto de la valorización financiera como del ciclo nacional y popular, con sus enormes dificultades para reconstruir algo así como un capitalismo de Estado o un Welfare State.

Endeudar y Fugar puede leerse a la vez como un resumen histórico y como un texto prodrómico, una etiología de la crisis por venir, tan similar a las crisis pasadas. Todos los síntomas indican que el macrismo, si continúa aumentando aceleradamente el monto de la deuda externa para financiar la fuga de capitales, prepara las condiciones para un nuevo estallido, es decir, una nueva regresión patogénica.